

## SAN ROQUE

2º-3º

San Ro - que es - tá en - fer - mo en un rin - cón, San  
Ro - que es - tá ham - brien - to, es - tá al mo - rir, San

1. Ro - que im - plo - ra a su buen Dios. San  
2. Ro - que im - plo - ra po - der vi - vir.

¡Ay, San Ro - que, tú sal - drás del bos - que, un  
¡Ay, San Ro - que, a es - te pe - rro a - co - ge, en

1. pe - rro te quie - re y pan te trae - rá!  
2. tu ar - duo ca - mi - no te a - com - pa ña - rá!

### TRABALENGUAS -RR-

El perro de San Roque no tiene rabo  
porque Ramón Rodríguez se lo ha robado.

El perro de San Roque no tiene rastas  
porque Rocío le ha puesto una garrapata.

<https://ideaswaldorf.com/el-perro-de-san-roque/>

*“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han rememorado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.*

En la ciudad de Montpellier, al sur de Francia, vivía una familia de nobles, cuyo nombre hoy se desconoce. El último heredero de la familia no tenía hijos, y estaba muy preocupado, temiendo que se extinguiese su apellido.

A menudo se dirigía a Dios en la oración, implorando por un hijo varón.

Y después de muchos años su esposa le dio un hijo.

Le puso el nombre de Roque, y su alegría era muy grande.

Al crecer, el niño mostraba ser distinto a los niños de su edad en muchas cosas. Cuando los otros se dedicaban a sus juegos bulliciosos y hasta a veces desenfrenados, Roque se iba al bosque silencioso. Daba de comer a los animales, jugaba con ellos, les construía nidos de juncos y musgo a las aves.

Cuando tenía 12 años su padre le dijo:

*“Roque, presiento que mi vida terrenal llega a su fin.*

*“Después de mi muerte, quiero que estés siempre dispuesto a ayudar a los hombres, entonces también tú encontrarás amigos.”*

Poco después falleció el padre, y pronto le siguió también su madre; Roque quedó huérfano. Vivió durante 3 años con unos parientes, pero cada vez más fue presa de una extraña inquietud. Le entregó casa y bienes a los parientes, y partió a recorrer el mundo.

Aunque era tan joven aún, se le habían grabado profundamente al corazón los relatos de la vida y obra de Cristo.

Supo que el apóstol Pedro, discípulo del Señor, estaba sepultado en Roma, y se propuso visitar su tumba.

Apenas contaba con 15 años cuando partió y en secreto anheló:

*“Ojalá pudiese encontrar un maestro como lo tuvo Pedro.”*

Dejó su patria con el propósito de servir y ayudar en su camino de peregrinaje. Durante esta época imperaba en algunas regiones de Italia una terrible enfermedad: la peste. Quien se contagiaba se cubría de bubones, tenía fiebre alta, y moría al poco tiempo. Otros quedaban con úlceras, y necesitaban un cuidado prolongado. Esta enfermedad era sumamente contagiosa, y en pocos días la epidemia cubría toda una ciudad, toda una región. Muchas veces era difícil para los sobrevivientes dar sepultura a todos los que habían muerto, de modo que los hombres vivían con gran temor de contagiarse por esa epidemia.

Cuando Roque se encontraba en camino a Italia pasó por una región, donde esta enfermedad causaba estragos. Pero Roque no sintió temor alguno, ayudó a cuidar enfermos, y a sepultar a los muertos. De esta manera iba postergando su viaje a la tumba del apóstol.

Roque llegó a la ciudad Aquapendente, que está ubicada en la cordillera de los Apeninos. Roque se enteró que el hospital de esa ciudad estaba repleto de enfermos atacados por la peste. Las calles estaban desiertas, nadie se atrevía salir de sus casas. Sólo los carruajes que recolectaban los cadáveres iban y venían, acompañados por personas completamente cubiertos, pues se creía que si se tenía el cuerpo completamente cubierto por paños, no era atacado por la enfermedad.

Al llegar Roque al hospital, y hacer sonar la campanilla, apareció el conserje Vincent, con la intención de rehusar la entrada a nuevos enfermos, puesto que no había ningún lugar disponible en todo el hospital.

Al abrir la puerta se encontró con un joven hermoso y sano con ropas de peregrino, quien, bien dispuesto le preguntó:

*-“Señor conserje, yo me llamo Roque. ¿Me permites ayudarte a cuidar a los enfermos de peste?”*

Vincent quedó mudo de asombro por largo rato, luego le preguntó:

*-“Joven esto no es para ti.*

*-“Aquí tan sólo encontrarás a la muerte.”*

Vincent sabía, que la peste atacaba preferentemente a los jóvenes. Para asombro de Vincent, el joven solo rió, mientras decía:

*-“Señor conserje, no soy principiante en esto de cuidar enfermos con peste.*

*-“En el nombre de Cristo, déjame pasar. Pronto verás.”*

Vincent se apartó de la puerta. Quiso preguntarle de donde era oriundo, ya que su voz tenía una tonada diferente. También quiso preguntarle por qué justo quería hacer este, el peor de todos los trabajos, pero, al verlo tan sereno, decidió aceptar su ayuda.

¡Y realmente necesitaba con urgencia aquella ayuda!

Sólo habían dos mujeres viejas y un siervo como ayudantes en aquel hospital. Por eso hizo pasar a Roque con un ademán casi como una reverencia.

Por toda el lugar resonaban el quejarse y el pedir ayuda, que le eran tan familiares a Roque. El conserje le mostró las piezas de los enfermos, el lavatorio, la cocina, y entonces comenzó su tarea.

A Vincent le parecía que Roque poseía una docena de manos y dos docenas de piernas. Corría de aquí para allá, escaleras arriba, escaleras abajo, llevando alimento y té de hierbas, lavando heridas y bubones, buscando agua, espantando moscas, y sobre las brazas de carbón hizo humo de raíces de hierbas para purificar el aire.

Al acercarse la noche, iba quedamente de lecho en lecho, colocando sobre la sien de los enfermos sus manos a manera de cruz, luego hacía lo mismo sobre el pecho, mientras que sus oraciones fluían dentro de los enfermos.

Lo que a Vincent le había parecido imposible, sucedió, y al cabo de pocos días algunos enfermos pudieron ser dados de alta curados, y nuevos enfermos ocuparon su lugar.

En breve tiempo se divulgó la noticia del joven que parecía hacer milagros. Vincent intentó una y otra vez averiguar su lugar de origen, quien era su familia, si tenía padres aún, y donde vivían. Pero Roque sonreía en silencio, señalando con la mano hacia arriba, indicando que estaban en el cielo; nunca quiso dar a conocer su noble ascendencia. Deseaba ser para todos, tan sólo el hermano Roque.

Cuando después de semanas finalizó la terrible epidemia en la ciudad de Aquapendente, lo llamaron de la cercana ciudad de Cesena. En vez de proseguir su viaje a Roma, se dirigió entonces al hospital de Cesena. No se cansó a pesar de que también allí estuvo de pie cuidando, día y noche. En los breves momentos de descanso, de sueño, su cuerpo se llenaba con nuevas fuerzas de vida, y podía seguir regalándolas. Hasta en nuestros días puede verse un mural suyo en la catedral de Cesena.

Después de haber sido vencida la peste en Cesena, Roque finalmente prosiguió su peregrinaje a Roma. Se había profundizado el brillo de sus ojos y muchas miradas se dirigían a contemplar el joven de pobre atavío de peregrino, cuyo rostro tuvo el poder de consolar a quien con él se encontrase.

En Roma, Roque permaneció largo tiempo frente a la tumba del apóstol. Ante su visión pasaron la vida y el sufrimiento de Cristo. Entonces un hombre alto y barbudo se le acercó, y le dijo:

*-¡Tú eres Roque!*

*-Me has cuidado en Aquapendente, y me has salvado de la muerte."*

Y lo abrazó agradecido. Luego prosiguió hablando:

*-Aquí soy siervo y guardián de la tumba del apóstol.*

*-Hoy me he enterado que el cardenal Bernardo ha enfermado de la peste.*

*-Lo siento mucho, ya que tiene buen corazón y cordial modo de ser...*

*-Roque ¿podrías ir a cuidarlo?"*

Él contestó sin titubear:

*-Nada me agrada más que servir.*

*-Estoy cansado de viajar y andar, condúceme a su lado."*

Y así fue que Roque cuidó al cardenal, hasta que se curó, ganando así su amistad.

Cierta vez dijo Bernardo a su amigo barbudo:

*-Nunca antes me había encontrado con hombre tan devoto."*

Y a Roque le preguntó:

*-“¿No quieres estudiar en el seminario sacerdotal?”*

*-“Te allanaré el camino.”*

Roque contestó riéndose:

*-“Honorable Padre: mi altar es el lecho de los enfermos, mi misa el fregar y limpiar, mi comunión se produce en el cruzar de mis manos.*

*-“Para eso no necesito ni latín, ni estudios, ni repicar de campanas.”*

El cardenal aceptó el humor del joven, de modo que no insistió con el sacerdocio y lo dejó con sus enfermos.

Permaneció en Roma cerca de tres años. Al cabo de este tiempo tuvo noticias que en la ciudad de Piacenza había estallado una epidemia de la peste. Se puso en camino al norte desde donde había venido, y luego de pasar por Cesena siguió a Piacenza. Pero esta vez su tarea de enfermero tomó otro curso.

Después de dos semanas de trabajo intenso en el hospital, de repente sintió un vértigo, de modo que ya no pudo mantenerse en pie. La fiebre de la peste lo había tomado también a él. Terribles dolores aquejaron su cuerpo, hubiese querido gritar. Tuvo que recostarse y cayó en extraña inconsciencia. Su cuerpo se convulsionaba, pero se le apareció una figura angelical, como en sueños, diciéndole:

*-“Roque, has cuidado a muchos enfermos. Ahora tú mismo sobrellevarás y vencerás esta enfermedad.*

*-“Ganarás así nuevas fuerzas.”*

A la mañana temprano Roque se obligó a sí mismo a incorporarse y ponerse de pie.

Al sereno que estaba a su lado le dijo:

*-“He sido llamado por un tiempo, espero regresar pronto.”*

Roque no quería molestar el sueño de los otros enfermos con sus gritos de dolor, que apenas pudo dominar ya, y que él mismo podría cuidarse. Como era época estival se encaminó a un valle de los Apeninos. Con musgos se preparó un lecho en el bosque.

A pesar de sus dolores, de a ratos se puso a construir una choza con ramas. En su cuerpo se iban formándose los bubones. Se abrió un bubón en su muslo, despidiendo el pus. Durante días lo sacudieron los dolores. Nuevamente revivió las imágenes del calvario de Cristo, cuando lo azotaron, cuando le pusieron la corona de espinas, cuando llegó a la cruz, y cuando lo clavaron a la cruz al igual como lo hiciera cerca de la tumba del apóstol.

A Roque le pareció que recién ahora podía sentir el gran dolor de la humanidad.

Cerca de allí pasaban las aguas de un arroyito donde pudo saciar su sed febril, y pudo lavar sus heridas. No tenía comida pero tampoco deseaba comer.

Cierta vez en que regresaba tambaleante del arroyo a su lecho se le acercó un perro. Roque lo acarició, y el perro lo siguió hasta el lecho. En su choza de ramas el perro se acostó a su lado, y Roque lo acarició. Pero éste saltó de pronto, como si alguien lo hubiese llamado. Ladró tres veces y desapareció.

Roque no pudo dar crédito a sus ojos cuando el animal regresó. Llevaba en su boca un trozo de pan, y lo colocó al lado del enfermo.

*¿Qué había pasado?*

El perro pertenecía a un terrateniente que vivía en las cercanías, que se llamaba Gothart. Había sacado el pan de la mesa de su amo sin que nadie se diera cuenta. Esto lo hizo durante varios días, hasta que Gothart lo notó, y pensó:

*-“¿Que hace mi perro con el pan, si recibe suficiente comida?”*

Al día siguiente esperó hasta que el pícaro se alejara con el pan de la casa de su amo, tomando el camino en dirección al bosque. Gothart siguió al perro, y así encontró al solitario y enfermo Roque sobre su lecho en la choza de ramas. Gothart se acercó, pero Roque le pidió:

*-“No te acerques, estoy enfermo de la peste.”*

Sobresaltado Gothart se alejó y regresó a su casa. Pero apenas llegó sintió vergüenza, diciendo:

*-“Mi perro sirve al pobre hombre y yo me escapé cobardemente.*

*-“Qué noble era el timbre de su voz.*

*-“Dios debe amarlo para que una criatura irracional lo alimente con pan.*

*-“Soy un egoísta temeroso, y sólo estoy pensando en mí mismo.”*

De modo que Gothart regresó de inmediato al bosque, atendió y cuidó a Roque. Pero Roque no aceptó que lo llevara a su casa, junto a su familia y sus siervos.

Motivado por su atención abnegada del enfermo, y las visitas diarias, en las cuales la acompañaba el fiel perro, Gothart cambió profundamente. Antes sólo había pensado en una vida cómoda, buena comida y bebida. Ahora descubrió el amor a su prójimo a través del servir. Al acercarse el otoño, Roque se había recuperado de la enfermedad.

Regresó a Piacenza, cuidó nuevamente a los enfermos de la peste, hasta que finalmente fue vencida la enfermedad. Entonces retornó al bosque, y se construyó una celda más firme.

A través del perro que lo había alimentado, había descubierto un profundo cariño hacia los animales. Pronto tuvo amistad con todos los animales del bosque, que se acercaban sin temor; él les hablaba y los cuidaba cuando era necesario.

Muchos hombres fueron en busca de Roque para recibir allí consuelo y nuevas fuerzas.

Pudo dar buenos consejos a los enfermos, y a muchos les dio hierbas curativas, que había juntado en el bosque y las había secado. A todos les decía:

<https://ideaswaldorf.com/tag/texto-musical/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>

<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>

*-“Sé servicial con los hombres, pero también con los animales.”*

Después de su muerte, miles de hombres, a los que había cuidado y consolado, pensaron:

*-“Roque no debe ser olvidado.*

*-“Él ha vivido el amor activo.”*

Y fue así que la historia de su vida fue contada en muchos países, y que se le diera su nombre a iglesias y hospitales.

Entre las muchas imágenes que lo representan, hasta hay algunos cuadros sobre el altar, donde está con su fiel perro.

Seguramente esto lo llenaría de alegría, que tampoco el fiel animal fuera olvidado, y que esté allí a su lado junto al altar.

Aportación de Karen Gallardo D.